

**En el Nombre de Dios,
El Clemente,
El Misericordioso**





سرشماسه: رحیمی، مهدی، ۱۳۳۵ -

عنوان قراردادی: آخرین امید: براساس داستانی از زندگی امام زمان علیه السلام - اسپانیایی

عنوان و نام پدیدآور: La ultima esperanza: (Un relato de la vida del duodécimo Imam, Autor Mehdi Rahimi; Dibujos Reza mirshoya

Traducido del.Muhammad ibn Hasan)/Autor Mehdi Rahimi; Dibujos seyed Zohre Rabbani

persapor Zohre Rabbani

مشخصات نشر: قم: الهام شرق، ۱۳۹۳، ۱۳ = ۲۰۱۳م.

مشخصات ظاهری: ۲۴ ص. - مصور (رنگی).

شابک: ۹۷۸-۹۶۴-۲۸۲۴-۵۵-۷

وضعیت فهرست نویسی: فیا

یادداشت: اسپانیایی.

یادداشت: کتاب حاضر تحت عنوان "آخرین امید: بر اساس داستانی از زندگی حضرت مهدی علیه السلام"

توسط انتشارات بنیاد بعثت منتشر شده است.

یادداشت: گروه سنی: ب.ج.

آلوانیسی عنوان: لا اولتینا اسپرانسا

موضوع: محمدین حسن (عج)، امام دوازدهم، ۲۵۵ق -

موضوع: داستان‌های مذهبی

شناسه افزوده: میرجعانی، سیدرضا، ۱۳۷۰ - تصویرگر

شناسه افزوده: ربانی، زهره، مترجم

رده بندی دیویی: ۱۲۹۲ الف ت/۹۴۴۵۱/۶۸۲۹۷/۱۵

شماره کتابشناسی ملی: ۳۷۷۰۵۱۵

Autor: Mahdi Rahimi

Ilustraciones: S. Reza Mirshoyai

Traducido del persa por: Zohre Rabbani

Colaboración: Karina Sain

Director artístico: Naser Hasani

Publicado por: Editorial Elhame Shargh

P. O. Box: 37185/4138 Qom, Irán

Tel/Fax: +982532903644

Fundación Cultural Oriente

Grupo Infantil y Juvenil "El Faro"

www.faro21.com

info@faro21.com

Primera edición: 2014

3000 ejemplares

ISBN: 978-964-2824-55-7

©Todos los derechos reservados

Se permite la reproducción citando la fuente

La última esperanza





Era una tarde. Un viento fuerte y molesto soplaba, levantaba el polvo, lo elevaba. Las plantas espinosas, en manos del viento, se movían para uno y otro lado. El dueño del hospedaje había colocado la mano sobre su frente y miraba a lo lejos. A una distancia no muy lejana y en medio de una polvareda avanzaba una caravana. El sonido de los camellos, se acercaba minuto a minuto. Finalmente la caravana traspasó las puertas de la ciudad de Samarra y se acercó al hospedaje. Muslim bajó del balcón y corrió hacia la puerta, para dar la bienvenida a los viajeros. Estos llegaron al patio, descendieron de los camellos y bajaron sus equipajes. Muslim se presentó y saludó a los desconocidos huéspedes. Un hombre alto y delgado se acercó a Muslim dando débiles pasos. Cuando estuvo frente a él descubrió su rostro que estaba tapado por su pañuelo. Por unos instantes Muslim fijó su mirada en él atónitamente. Luego, con una sonrisa en sus labios corrió y lo abrazó: “¡Ahmad! ¡Mi querido amigo! ¡Qué alegría verte!”, Ahmad, el hijo de Ya’far Hamiraí, se arrojó a los brazos de su amigo. Ambos se abrazaron fuertemente y se llenaron de besos. Lágrimas de alegría brotaron de los ojos de Muslim. El observaba a su viejo amigo a través de una cortina de lágrimas. Ahmad estaba cansado y lleno de polvo, el sudor le había marcado el rostro, su barba estaba más larga y más canosa, sus ojos estaban hundidos, su dorso parecía encorvado. De inmediato, Muslim llamó a su hijo y el equipaje fue trasladado.



Los viajeros sacudieron sus vestiduras, se asearon y pasaron al fresco sótano. El hijo de Muslim les sirvió leche y dátiles frescos. Ahmad se sentó y se apoyó sobre la pared. Muslim se sentó a su lado, colocó sus manos sobre el hombro de aquel y le dijo: “¡Viejo! yo te hacía en el cielo ¿Qué haces aquí?” Ahmad sonrió y le respondió: “Hace un tiempo enfermé, estuve moribundo, mi respiración era contada y los médicos habían perdido la esperanza. Entonces me prometí que si sanaba visitaría al Imam Hasan al-Askari”. Muslim suspiró profundamente. Ahmad descubrió su triste mirada y dijo: “Ya lo sé, cuando llegamos a las cercanías de Bagdad nos informaron del martirio del Imam. Debimos haber regresado, pero teníamos otras tareas y proseguimos con el viaje.

“Seguramente has traído contigo el dinero que te ha dado la gente de Qom” dijo Muslim. “Sí. -respondió Ahmad- Hacía poco tiempo que había sanado cuando oí que un grupo de personalidades de la ciudad visitaría al Imam. Yo decidí acompañarlos”. Ahmad fijó su mirada en las llamas de un farol que vibraba por la brisa del anochecer, cuyo humo proyectaba una negra sombra en la pared. Murmuró entonces: “A propósito, ¿cuál será nuestro deber, el de los Shiías?, ahora que el Imam Hasan al-Askari no está entre nosotros? ¿Quién será nuestro guía, el líder e Imam?”

El mantel fue tendido, todos cenaron en silencio. Dado que una oculta tristeza se había apoderado de sus corazones e impedía a sus labios hablar. Al terminar, todos los huéspedes rodearon a Muslim y le preguntaron: “¿Quién será ahora nuestro Imam?”

Muslim giró su rostro, los miró uno por uno y luego dijo: “No lo sé exactamente, existen varias versiones al respecto. Por medio de diversas propagandas, el enemigo está tratando de extraviar a la gente. Ya’far –hermano del Imam Hasan al-Askari- pretende ser él el Imam, pero todos lo conocen muy bien, pues él comete actos ilícitos en público y se relaciona con el califa y la corte”. Y agregó en voz baja: “Se rumorea que el Mahdi esperado –el hijo menor del Imam- ha aparecido repentinamente y ha orado junto al cadáver de su padre”.

Ahmad preguntó: “¿Por ventura te has preocupado por conocerlo?” El anfitrión lo negó lamentándose y diciendo: “Por temor a los espías del califa nadie se atreve a preguntar ni a investigar”.

Ya no hubieron más preguntas. Todos quedaron inmersos en la meditación. Luego de ello el anciano se levantó, realizó la ablución y se puso a orar. Después de la oración, todos los huéspedes rendidos y adoloridos por el largo viaje, se durmieron.

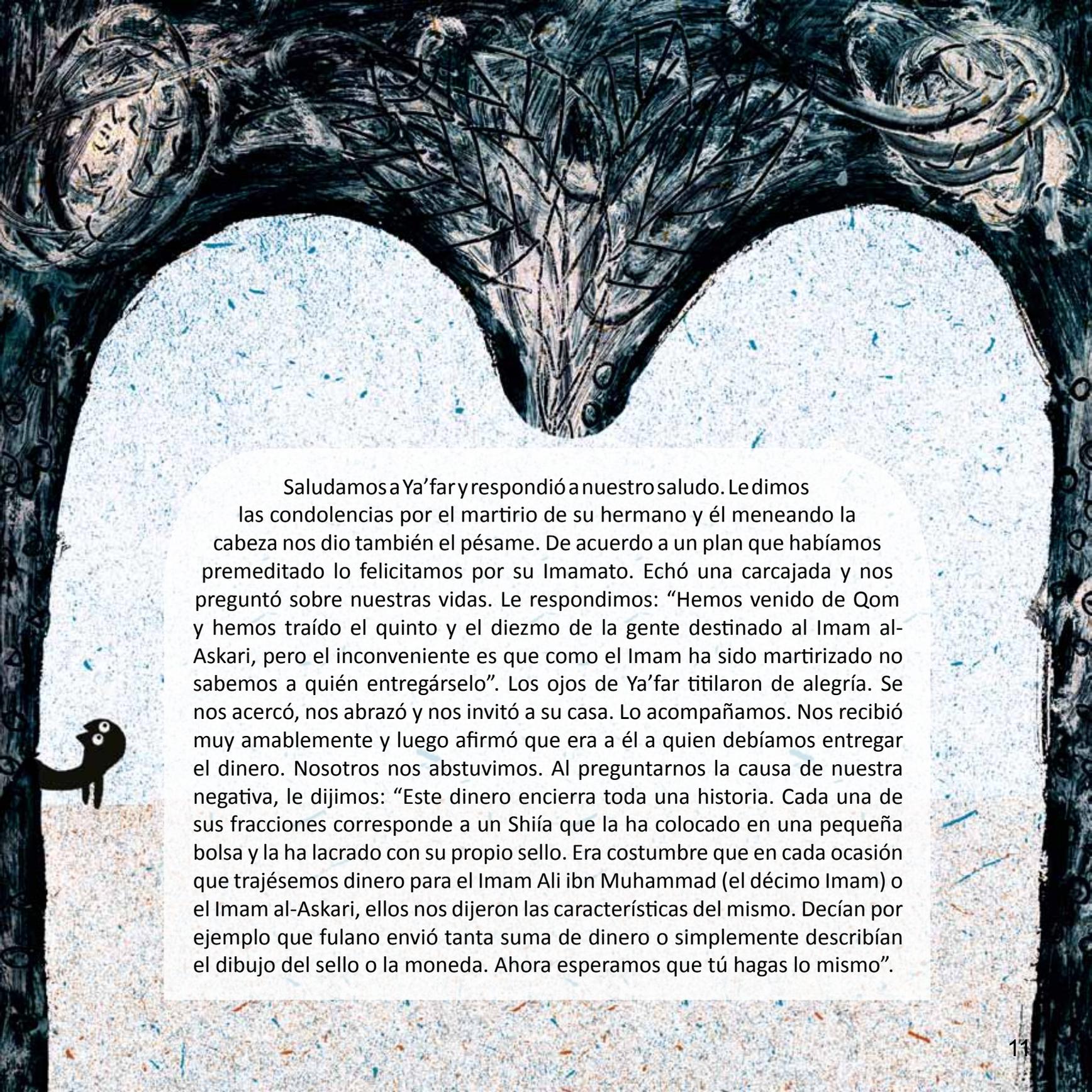
Muslim estaba preparando el almuerzo. Los huéspedes regresaron tristes y cabizbajos. En primer lugar oraron, y luego se sentaron alrededor del mantel. Muslim interrogó: “¿Qué ha sucedido? ¿Por qué están tristes?”

Ellos le contaron: “Esta mañana decidimos ir a casa de Ya’far y probarlo. Averiguamos su dirección y nos dirigimos hacia su casa, lujosa y resplandeciente. Llamamos a la puerta. Su sirvienta abrió y nos dijo que Ya’far se encontraba paseando en las orillas del río Tigris. Nos marchamos y fuimos allí. Al llegar nos encontramos con un criado negro que sostenía un palo y permanecía sentado en una roca. Le preguntamos por el paradero de Ya’far. El hombre señaló un gran bote, mucho más grande que los que usaban los pescadores, que se iba alejando. Un hombre –que más tarde descubrimos que era el propio Ya’far- estaba a bordo del bote y yacía recostado sobre un almohadón. Otros hombres lo rodeaban, comían uvas y se reían. En el mismo bote había un músico que cantaba y tocaba un instrumento”. La imagen que teníamos de Ya’far despertó nuevamente en nosotros.

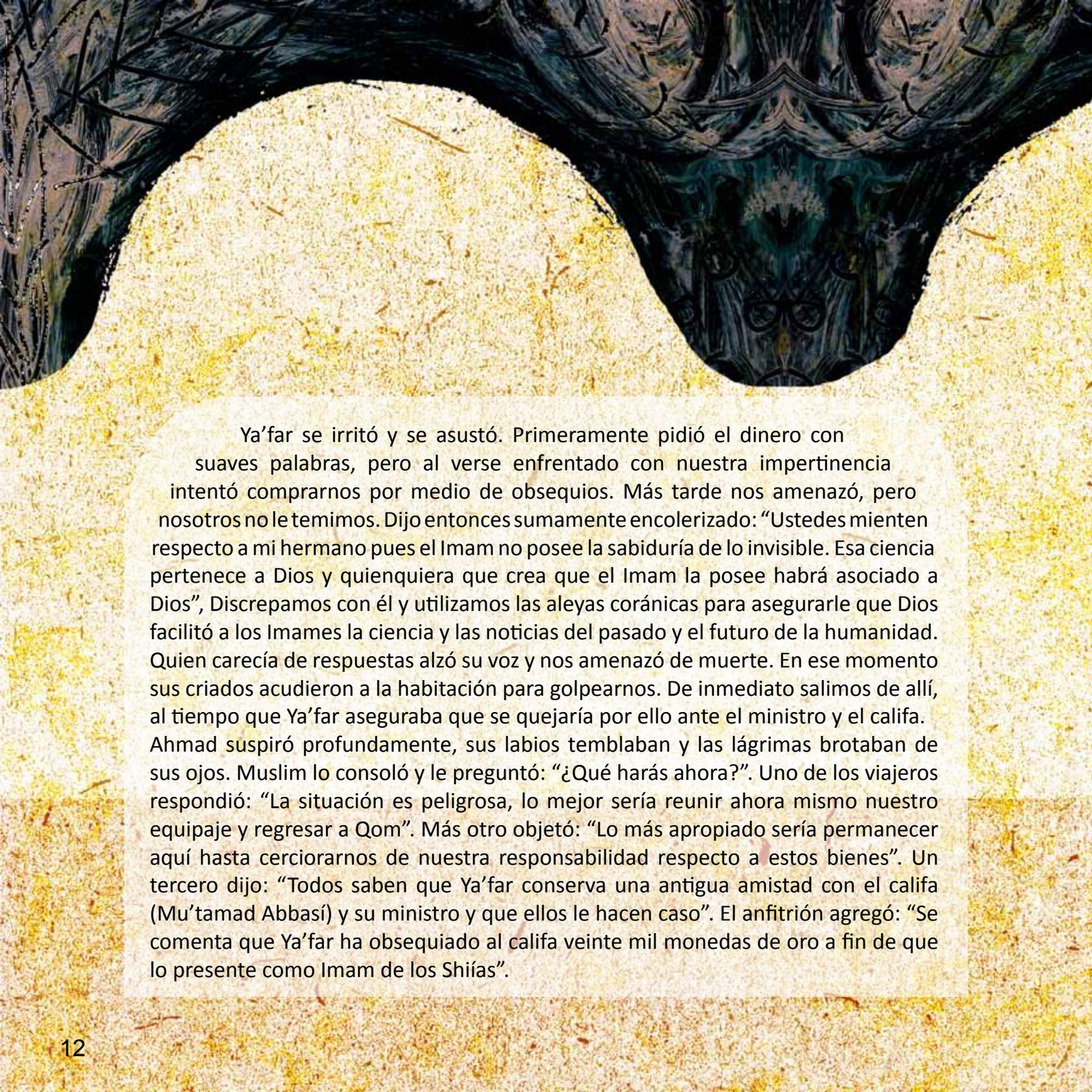
Luego de una hora regresaron a la costa. El criado dejó su lugar, remangó sus ropas y entró al agua. Tomó un extremo del bote y lo acercó a la orilla. Ya’far descendió y el criado nos lo presentó. Nos miró con los ojos enrojecidos e inflamados. Se acercó a nosotros. Estaba ebrio y casi se cae. El criado intentó sostenerlo y él lo arrojó a un lado. El cantante cuyo delgado y pálido rostro clamaba ser judío, entonaba sus canciones.







Saludamos a Ya'far y respondió a nuestro saludo. Le dimos las condolencias por el martirio de su hermano y él meneando la cabeza nos dio también el pésame. De acuerdo a un plan que habíamos premeditado lo felicitamos por su Imamato. Echó una carcajada y nos preguntó sobre nuestras vidas. Le respondimos: "Hemos venido de Qom y hemos traído el quinto y el diezmo de la gente destinado al Imam al-Askari, pero el inconveniente es que como el Imam ha sido martirizado no sabemos a quién entregárselo". Los ojos de Ya'far titilaron de alegría. Se nos acercó, nos abrazó y nos invitó a su casa. Lo acompañamos. Nos recibió muy amablemente y luego afirmó que era a él a quien debíamos entregar el dinero. Nosotros nos abstuvimos. Al preguntarnos la causa de nuestra negativa, le dijimos: "Este dinero encierra toda una historia. Cada una de sus fracciones corresponde a un Shiía que la ha colocado en una pequeña bolsa y la ha lacrado con su propio sello. Era costumbre que en cada ocasión que trajésemos dinero para el Imam Ali ibn Muhammad (el décimo Imam) o el Imam al-Askari, ellos nos dijeron las características del mismo. Decían por ejemplo que fulano envió tanta suma de dinero o simplemente describían el dibujo del sello o la moneda. Ahora esperamos que tú hagas lo mismo".



Ya'far se irritó y se asustó. Primeramente pidió el dinero con suaves palabras, pero al verse enfrentado con nuestra impertinencia intentó comprarnos por medio de obsequios. Más tarde nos amenazó, pero nosotros no le temimos. Dijo entonces sumamente encolerizado: "Ustedes mienten respecto a mi hermano pues el Imam no posee la sabiduría de lo invisible. Esa ciencia pertenece a Dios y quienquiera que crea que el Imam la posee habrá asociado a Dios", Discrepamos con él y utilizamos las aleyas coránicas para asegurarle que Dios facilitó a los Imames la ciencia y las noticias del pasado y el futuro de la humanidad. Quien carecía de respuestas alzó su voz y nos amenazó de muerte. En ese momento sus criados acudieron a la habitación para golpearnos. De inmediato salimos de allí, al tiempo que Ya'far aseguraba que se quejaría por ello ante el ministro y el califa. Ahmad suspiró profundamente, sus labios temblaban y las lágrimas brotaban de sus ojos. Muslim lo consoló y le preguntó: "¿Qué harás ahora?". Uno de los viajeros respondió: "La situación es peligrosa, lo mejor sería reunir ahora mismo nuestro equipaje y regresar a Qom". Más otro objetó: "Lo más apropiado sería permanecer aquí hasta cerciorarnos de nuestra responsabilidad respecto a estos bienes". Un tercero dijo: "Todos saben que Ya'far conserva una antigua amistad con el califa (Mu'tamad Abbasí) y su ministro y que ellos le hacen caso". El anfitrión agregó: "Se comenta que Ya'far ha obsequiado al califa veinte mil monedas de oro a fin de que lo presente como Imam de los Shi'as".



Ahmad replicó: “El califa tiene muchos problemas y no le queda tiempo para semejantes obras. Los Jauarich se han rebelado, el hermano del califa y los cortesanos hacen planes contra él en forma continua y los comandantes turcos violan las vidas, los bienes y el honor de la gente. El pueblo se está sublevando, los pobres se vuelven más pobres cada día y aumentan su rencor hacia el gobierno”. Y un anciano tuvo la última palabra: “Debemos permanecer aquí hasta que Dios distinga la verdad de la falsedad y nos haga conocer al verdadero Imam”.

Faltaba sólo una hora para la puesta del sol. Las altas palmeras, molestas por el calor, aguardaban el ocaso y las calles estaban casi desiertas. El sonido de unos pasos apresurados, cortaba el velo del silencio. Los soldados rodearon a los Shiías de Qom y los trasladaron al palacio. Ya’far estaba de pie junto al califa. Cuando los viajeros entraron y saludaron, Ya’far comenzó a relatar el suceso. El califa solicitó una explicación a los visitantes. Ahmad se le aproximó y relató lo que había dicho a Ya’far. El califa meditó y dijo: “Sus palabras son razonables, son lógicas”. Con la cantidad de problemas que lo agobiaban, al califa no le interesó tener otro dolor de cabeza, por cuanto agregó: “Estos son los representantes de la gente de Qom y están obligados a entregar el dinero bajo determinadas condiciones a una persona en particular. Como Ya’far no posee tales condiciones ellos tienen derecho a devolverlo a sus dueños”.

La reunión llegó a su fin. Los viajeros, que no eran inmunes a la ira de Ya’far solicitaron al califa que enviara con ellos algunos guardias que les brindaran protección; solicitud que aquel concedió. Al día siguiente, estos guardias los acompañarían hasta unos kilómetros fuera de la ciudad.





Aquella noche los huéspedes estaban tristes y desolados. Reunieron sus equipajes a fin de abandonar el lugar a la salida del sol. Habían transitado un largo camino por amor al Imam. Aridos desiertos, elevadas montañas, peligrosos abismos y turbulentos ríos debieron transitar. Pero con el martirio del Imam se sentían muy solos y extraños. La flor de su esperanza se había marchitado y el fantasma de la desesperanza oprimía sus gargantas. Aquella noche nadie descansó. Todos hicieron la oración de la noche y hablaron íntimamente a Dios: “¡Oh Dios nuestro! Te conocimos y atestiguamos tu Unicidad, y obedecemos a tu último enviado Muhammad (PB), ¡Haznos pues conocer a tu Imam y Representante en la tierra! Si no nos lo presentas, nos extraviaremos y ahogaremos en el océano de la incredulidad, la ignorancia y la injusticia”.

Las estrellas habían llenado de flores la alfombra celestial y una brisa encantadora soplaba y movía las hojas. Los soldados bostezaban y los camellos habían fijado sus grandes ojos en el desierto infinito. Los viajeros cansados y tristes, estaban inquietos, ansiosos. Amarraron el equipaje sobre los camellos y lo acomodaron. Luego todos abrazaron a Muslim, colocaron sus cabezas sobre su hombro e hicieron súplicas con la esperanza de volver a verlo.



La caravana partió. El son de las campanillas recorrían el desierto. Los soldados vigilaban con precisión aunque sabían que su principal misión era expulsar a los Shiías fuera de la ciudad. El califa tenía innumerables problemas y por eso quiso hacerlos abandonar la ciudad diplomáticamente. Las estrellas titilaban pero los viajeros soñolientos no las veía. Tampoco percibían la agradable frescura del desierto, estaban extraviados entre nubes de polvo, de dolor y de desilusión. Transcurrió un tiempo y el sol tendió su manto dorado sobre el desierto. Los soldados emprendieron su regreso. En ese instante una voz retumbó en el desierto. Todos observaron a su alrededor. A lo lejos se había levantado una nube de polvo y un jinete se iba acercando. Los más jóvenes dirigieron sus manos hacia las empuñaduras de sus espadas y desenvainaron, mientras los mayores enfilaban



los camellos. El caballo se acercaba a galope, su rostro estaba cubierto. Se detuvo a unos pocos pasos de la caravana, desmontó y saludó. No portaba armas. Los viajeros se tranquilizaron y lo saludaron también. Se acercó y descubrió su rostro. Era un joven alto y bello. Ahmad observó una luz de la fe en sus inmensos ojos negros. Un extraño cariño se posó en su corazón. El extraño preguntó: “¿Quién es Ahmad hijo de Ya’far Hamiarí?” Su voz era tierna y pacífica. Ahmad se acercó a él y se presentó. El joven dijo: “Vuestro maestro y señor desea verlos”. Muy pronto un murmullo comenzó a dispersarse. ¡Qué felicidad! La luz de la certeza dio brillo a los corazones. Ya no era propicio seguir esperando. Al galope regresaron a la ciudad. Con suma cautela se dirigieron a la casa del Imam al-Askari, la misma casa a la cual habían ido tantas veces, la misma casa que despertaba en ellos cientos de recuerdos espirituales.





Entraron y frente a ellos, en el sitio donde solía sentarse el Imam, había un niño que vestía un atuendo color verde. Los huéspedes no se atrevían a mirar su rostro. Los había asombrado su nobleza. Un agradable estremecimiento se apoderó de ellos, un velo de lágrimas de felicidad cubrió sus rostros a través de él observaron el brillante rostro de Hadrat al-Mahdi (el bien encaminado). Este les parecía conocido, ¿Dónde lo habían visto? ¡Qué semejante era el Imam al-Askari a su padre, el Imam al-Hadi! Se sentían en presencia del Profeta, de Ali, Hasan y Husain. Presentían estar frente a todos los Imames. Sus corazones golpeaban las paredes de sus pechos. Sin advertirlo se prosternaron ante Dios en agradecimiento por haber respondido a sus súplicas y por haberlos rescatado del extravío y la perdición. Luego dieron un paso adelante, besaron las manos del Imam Mahdi y tomaron asiento.

El desconcierto que los agobiaba se tornó en tranquilidad espiritual y esta dio fin a la tristeza y el dolor. El Imam les preguntó como se encontraban y luego les relató la travesía que habían experimentado, desde el principio hasta el final. Posteriormente habló de las características de los dueños del dinero, describió las figuras de los sellos y así les evidenció una gota del infinito océano de su sabiduría. Los Shiías permanecieron atónitos. La merced con que Dios los había agraciado era mayor de lo que pensaban. No era necesario que el Imam hablara y diera las señales de los bienes, puesto que podían oler el perfume del Imamato y observar la luz emanada de Dios en su rostro. Dijo el Imam Mahdi: “No regresen a Samarra, diríjense a Bagdad y entreguen el dinero a mis representantes. Informen a ellos de vuestros

problemas e interróguenlos sobre vuestras dudas. Más tarde el Imam obsequió una pequeña cantidad de Hanut (medicina de rico perfume con la cual se unge a los muertos) a Ahmad y una mortaja. Refiriéndose a él, dijo: “Pronto cerrarás los ojos a este mundo”.

Era el tiempo de regresar, ya que los espías del califa estaban en continuo acecho. El Imam les permitió partir. Una vez más besaron sus manos. La caravana partió, esta vez con gran fe y esperanza. Ahmad meditaba que había alcanzado su mayor ilusión y que podía cerrar sus ojos con el alma en paz. Los demás ansiaban seguir con vida y ver nuevamente al Imam Mahdi. Y sino hubiesen tenido esta ilusión, sus almas se habrían desprendido de sus cuerpo.



